

## PROFESIONALES MADE BY SPAIN

## Hablamos con...

## Santiago Sánchez Pagés, economista madrileño

Tras finalizar sus estudios de Economía en Madrid y darse cuenta de que su verdadera vocación residía en el mundo académico, Santiago Sánchez Pagés dirigió sus pasos hacia la Universidad de Barcelona, primero, y hacia la de Edimburgo, después, donde lleva siete años como profesor titular en el Departamento de Economía. Desde la distancia que le proporciona su estancia en la capital escocesa, Sánchez Pagés reflexiona sobre su experiencia, la universidad, los economistas y los retos de la profesión.

**Pregunta: ¿Cuándo tomó la decisión de emprender su carrera profesional en el extranjero?**

**Respuesta:** Cuando terminé mi licenciatura en la Universidad Carlos III de Madrid las opciones más habituales para un economista recién licenciado no me seducían demasiado así que tomé una ruta algo inusual: estudiar un doctorado. Durante la licenciatura me habían interesado profundamente algunos aspectos de la ciencia económica, en particular el crecimiento económico y la economía política, y quería aprender más sobre ellos. En realidad, aunque en aquel momento yo no fuera consciente del todo, lo que de verdad me interesaba era la carrera académica. Así fue como opté por el programa de la Universidad Autónoma de Barcelona, universidad por la que obtuve el doctorado en el 2003. Después inicié mi búsqueda de trabajo dentro del ámbito académico y la mejor oferta laboral que recibí fue la de la Universidad de Edimburgo. Y aquí resido y trabajo desde hace siete años.

**P: ¿Cuál fue la razón que motivó su traslado?**

**R:** Aunque ha ido mejorando de forma sostenida en los últimos años, el mercado académico para economistas en España es todavía muy estrecho. Solo un puñado de departamentos, los mejores, contratan



personal formado fuera. El resto, todavía practica la endogamia en la contratación de doctores. Por ello, la competencia por los puestos abiertos es muy fuerte. Además, las condiciones bajo las que se contrata tampoco suelen ser muy idóneas. Tuve la posibilidad de permanecer en España pero la opción era temporal y con gran incertidumbre. Estaba claro: salir al extranjero era la mejor opción.

**P: ¿Qué ventajas posee el hecho de desarrollar una carrera profesional fuera del país de nacimiento?**

**R:** Múltiples e importantes. Por un lado, las condiciones de trabajo suelen ser bastante mejores. Cuando comparo mi día a día con el de amigos y compañeros que trabajan en España puedo comprobar que esa diferencia es notable. La

más visible es en términos salariales, importante incluso una vez que se ha controlado por las diferencias en poder adquisitivo. Esas diferencias de salario revelan la distinta importancia que las diversas sociedades dan a una profesión. La universidad española está mejorando, sin duda, pero permanece todavía aquejada por una fuerte inercia institucional y la cultura predominante es, con frecuencia, hostil a los cambios y a la modernización. Creo también que en el extranjero, al menos en el Reino Unido, hay un respeto mayor hacia el trabajador. En el caso de la universidad se la ve como un lugar de liderazgo de la sociedad en términos de ideas, creatividad y energía y no con la ambivalencia con la que se la considera en España.

Aparte de estas ventajas materiales, existen también las innegables ventajas que otorga conocer otras culturas, otras formas de hacer y ver las cosas, aprender un idioma y tratar con gente de orígenes e ideas muy diversas. En un principio es un desafío y tiene sus momentos complicados, pero en último término es una de las experiencias más fructíferas que una persona puede tener.

**P: ¿Cuáles son los principales obstáculos a los que ha tenido que hacer frente en su aventura profesional en el extranjero?**

**R:** Los principales obstáculos tienen que ver con el proceso de integración y de adaptación a otra cultura; aprender a dominar un idioma que no es el tuyo de forma cotidiana. Un ejemplo, los británicos son muy dados al uso de acrónimos y recuerdo que en mis primeras semanas me parecía que hablaban como espías, en código.

La segunda dificultad es comprender e interiorizar las formas de trabajo y mentalidades que se manejan pero sin renunciar a la visión particular que uno pueda traer de España. Esta diferencia de visiones puede ser a veces una fuente de tensiones entre opiniones, pero cuando la organización a la que se pertenece valora esas diferencias, eso también otorga un valor añadido al profesional que viene de fuera. En mi caso nunca he encontrado un obstáculo institucional o personal que se refiriera específicamente a mi condición de extranjero y mis opiniones se han valorado siempre como las de los profesionales de aquí, algo de lo que estoy muy agradecido.

**P: Según su experiencia, ¿cómo es percibida la marca «economista español/a» en el extranjero?**

**R:** Al menos en el ámbito de la economía científica en el que me muevo, el economista español está muy valorado en el exterior. Aunque mucha gente pueda desconocerlo, el nivel de la investigación y docencia académica en España es altísimo, al nivel de los mejores de Europa. Es cierto que esto no es el caso en la totalidad del territorio español, pero existe un puñado de centros que se encuentran entre los punteros del continente. La calidad de los cursos que se imparten y la calidad de sus programas de doctorado y de la gente que son formados allí son tremendamente competitivas. En múltiples ocasiones durante conferencias internacionales, he tenido conversaciones con colegas europeos que elogian el éxito de España en este campo, en especial si se considera que la universidad española era poco más que una caverna troglodita hace menos de cuatro décadas.

**P: Desde su perspectiva, ¿cómo calificaría la situación de su profesión en España?**

**R:** La economía científica en España vive su mejor momento. Está por ver cómo afectarán la actual crisis y los recortes presupuestarios a esa situación,



pero ahora se están recogiendo los frutos del trabajo impagable de un grupo de economistas pioneros que a finales de los 70, después de completar su doctorado en EE. UU (algo muy poco común en aquella época) decidieron regresar a España para crear desde cero una cultura de docencia e investigación que fuera moderna, libre y competitiva. Lo consiguieron y su empuje y ejemplo ha continuado alimentando a las generaciones que hemos venido después. Estoy convencido de que esta modernización y liderazgo son imparables a pesar de que pueda sufrir los comprensibles altibajos debidos al ciclo económico.

Muchos de mis colegas en España se encuentran en un entorno que es cada vez más propicio pero en el que aún deben luchar con innumerables e innecesarias horas de clase en aulas masificadas, lo que en parte se debe a las necesidades de financiación de las facultades y de la visión que se tiene en España de la universidad como garantía de empleo (sea el que sea). Existe cierta inquietud también sobre el resultado de la aplicación del plan Bolonia y, sobre todo, acerca de los recortes de fondos en educación justo en el momento en el que es más necesario que el país invierta en capital humano.

**P: ¿Hacia dónde cree que debería caminar su profesión para garantizarse una modernizada permanencia en el futuro?**

**R:** Creo que en este punto los economistas y, en especial, los que estamos en el mundo académico debemos asumir cierta responsabilidad y educar el debate público y a los responsables de elaborar políticas económicas. Esta necesidad se ha visto muy claramente durante el estallido de la crisis económica, en el que el debate en los medios ha estado dominado por charlata-

nes y otras gentes de disciplina intelectual, digamos, laxa. Para evitarlo, los economistas debemos dejar de lado la timidez que nos ha caracterizado y ayudar a que se tenga un debate riguroso y serio sobre qué se debe hacer. La dificultad para ello es en parte inevitable porque en economía la respuesta más frecuente a cualquier pregunta es «depende» y esa respuesta no gusta ni a los medios de comunicación, porque las respuestas complejas son difíciles de resumir y vender, ni a los políticos, que muchas veces necesitan ser vistos haciendo algo, sea lo que sea.

El otro reto al que los economistas nos enfrentamos es que en un ambiente de recortes presupuestarios y mayor competición por los fondos, las ciencias sociales y las humanidades van a salir, están saliendo, perjudicadas. En parte eso refleja una actitud social que favorece saberes «prácticos», que «sirven para algo», que parecen encontrarse solo en las ciencias naturales y exactas. Esto se agravará a medida que el cambio climático vaya creando cambios más visibles en el mundo y nuestras vidas. Esta actitud hemos de aceptarla como comprensible pero también resulta peligrosa porque todo saber práctico fue abstracto en el momento de su gestación y no se puede saber qué conocimiento abstracto generado hoy podrá resultar de una utilidad directa en el futuro. El economista goza de cierta ventaja dentro de este proceso social porque el pensamiento económico es una herramienta poderosísima para comprender la realidad y sus problemas y así poder intervenir sobre ellos. Llevar ese mensaje a la sociedad, sin dogmatismos sino con claridad, es otro de los desafíos a los que nos enfrentamos actualmente los economistas. ■

**Coordina: Carolina López Álvarez**